

ciego que no ve por aquí, que el fin para que Dios le crió, es honrar y servir á su Criador, y granjear la salud y vida eterna? y ¿quién es tan corto que no se admire de la sabiduría y providencia del Criador, que en tanta variedad de casos como suceden en esta vida nunca está el hombre impedido, sino siempre libre y desembarazado para conseguir su último fin; y que habiendo tantas cosas que le impiden para los bienes falsos y aparentes, todas le ayudan para ganar los bienes verdaderos? y ¿quién es tan loco que olvidado del fin para que Dios le crió se abate al amor de las criaturas; las cuales, ni las puede alcanzar cuando las procura, ni cuando las alcanza puede hallar su paz y hartura en ellas? y de aquí se ve la diferencia que va de los que se aficionan desordenadamente á alguna criatura, y de los que estando indiferentes á todas, solamente ponen la mira en alcanzar su último fin. Porque aquellos nunca tienen paz, como quien está fuera de su centro, deseando lo que no pueden alcanzar, y alcanzando lo que no ha de hartar su deseo; pero los segundos de cualquiera manera que sucedan las cosas están en paz, porque están en su centro y en su fin, y porque todo les ayuda, y nada les estorba á sus intentos.

Sea pues el primer paso de los que han de andar este camino conocer el último fin, y desviando su amor de todo lo próspero y lo adverso, sin declinar á la mano derecha ni á la siniestra, tomar el camino derecho para conseguirle. Y de aquí resultará no dejarse vencer de ningunas dificultades. Porque así como el que emprende una jornada larga, ante todas cosas conviene que se persuada que pesa más el provecho de acabarla, que todo el gasto y trabajo, y peligros é incomodidades del camino; porque de otra manera se dejará vencer de las dificulta-

des, y se quedará en la posada; así tambien es necesario que cada uno piense y se persuada que ninguna dificultad se le puede ofrecer tan grande en esta vida, que no pese más incomparablemente el conseguir su salvacion y último fin. Servirá tambien el conocimiento del fin para saber tomar el camino conveniente; porque, como dijo bien Casiano ¹:

Sine via tendentibus labor est itineris, non profectus.

CAPÍTULO XVII.

DEL SEGUNDO GRADO DE LOS INCIPIENTES, QUE ES EL
DOLOR DE LOS PECADOS PASADOS.

El segundo paso de esta primera jornada, despues de haber asentado el pié en el amor del último fin, es la penitencia de las culpas pasadas. Porque ¿cómo puede el pecador tratar de union con Dios, si no hace primero amistades con él? y ¿cómo puede tratar de salvacion sin salir primero del estado de condenacion? ¿ni tratar de premio el que es deudor de pena eterna? y ¿con qué aliento y seguridad podrá pelear con los enemigos que tiene delante, si no deja seguras las espaldas de los enemigos que quedan atrás? Sea pues el primer cuidado despues del deseo del último fin, alcanzar perdon, por medio de la penitencia, de las culpas cometidas.

¹ Collat. 1, c. 4.

Y para ver la destreza con que nuestro santo Padre va introduciendo un pecador para alcanzar este dolor en el grado más perfecto, que llamamos de contrición, se debe presuponer que de nuestros pecados podemos dolernos por uno de cuatro motivos. Primero, por el temor de las penas. Segundo, por el amor del premio. Tercero, por la fealdad del mismo pecado. Cuarto, por ser ofensa de Dios, que debe ser sumamente reverenciado y amado. Este cuarto motivo es el más perfecto, y encierra en sí el amor de Dios sobre todas las cosas; y así desde luego pone en estado de gracia por virtud del propósito de confesarse que contiene: los tres primeros motivos hacen la contrición imperfecta, que llamamos atrición, de la cual el Concilio tridentino dice así ¹: Aquella contrición imperfecta, que suele llamarse atrición, porque comunmente se concibe, ó de considerar la fealdad que tiene el pecado, ó del miedo de las penas y temor del infierno, si es con propósito de no pecar más, y con esperanza de alcanzar perdón, declara el santo Concilio, que no solamente no hace hipócrita y mayor pecador al que la tiene, pero que es don de Dios é impulso é inspiración del Espíritu santo, que aunque no mora en el alma por gracia, la mueve é inspira; y el penitente ayudado de esta divina moción se va disponiendo y aparejando para alcanzar la justicia.

Con el primer motivo de éstos, y el más imperfecto, que es el temor de las penas, exhortaba el glorioso y bienaventurado san Juan Bautista á penitencia, cuando decía ²: Generación de víboras, ¿quién os dará traza ó enseñará camino para huir de la ira que ha de venir so-

¹ Sess. 14, c. 14. — ² Matth. III, 7; Lucæ III, 7.

bre vosotros? Y más abajo, tratando de Cristo Señor nuestro, en sus manos, dice ³, lleva el ventalle para limpiar su éra, y recogerá el trigo en sus graneros, y las pajas las quemará con fuego eterno. Y reprendiendo nuestro Salvador á los fariseos, les decía ⁴: Serpientes, hijos de víboras, ¿cómo podreis huir de la sentencia de condenación, y del fuego del infierno que merecis por vuestras culpas? Y el glorioso y bienaventurado apóstol san Pablo, con el mismo espíritu de mover á penitencia: ¿Pienensas, dice ⁵, por ventura, ó hombre que haces tú lo que en los otros condenas, que podrás huir del juicio de Dios nuestro Señor? ¿por ventura tienes en poco las riquezas de su bondad, y de su longanimidad y paciencia? ¿no sabes que la benignidad de Dios te convida y espera á penitencia? y tú por el contrario, con tu dureza y terquedad, y con tu corazón impenitente atesoras ira para tí en el día de la ira, y del juicio justo de Dios, que ha de dar á cada uno según sus obras, etc. De todo lo cual se ve, que el temor de la pena tiene grande fuerza para compungir los pecadores, y hacerlos volver sobre sí, y concebir dolor de sus culpas; y que Cristo nuestro Señor y sus santos apóstoles usaron de este motivo para despertarlos á penitencia.

Y no es menos eficaz el temor de perder el premio de la eterna gloria. A este temor nos mueve el ejemplo de las vírgenes locas ⁶, que por no haberse proveído con tiempo de aceite, cuando llegaron hallaron cerrada la puerta, y se quedaron fuera de las bodas. Y no es de menor escarmiento el ejemplo de aquel ⁷ que estando ya asentado á la mesa, por no traer vestidura de bodas le

³ Matth. III, 12. — ⁴ Ibid. XXIII, 33. — ⁵ Ad Roman. II, 3-6.
— ⁶ Matth. XXV, 3-13. — ⁷ Ibid. XXII, 13.

sacaron arrastrando, atado de piés y de manos, y le echaron del convite á las tinieblas de allá afuera. Y san Pablo: ¿Por ventura, dice ¹, no sabeis que los malos y pecadores no poseerán el reino de Dios? no vivais en esto engañados, que ni los fornicarios, ni los idólotras, ni los adúlteros, ni los ladrones ni avarientos, ni otros muchos géneros de pecadores que allí refiere no han de poseer el reino de Dios. Y la misma sentencia dice á los gálatas ²: Manifestas, dice, son las obras de la carne: y habiendo referido allí muchas de ellas muy por menudo y en particular, concluye: las cuales cosas os aviso como otras veces os lo he avisado, que los que las hacen no han de alcanzar el reino de Dios. Y el bienaventurado san Juan en su Apocalipsi habiendo hablado de la gloria de los bienaventurados, y de la excelencia y grandeza de la celestial Jerusalem, añadió ³: No entrará en ella ninguna cosa manchada ni sucia, ni los que obran abominaciones y mentiras, sino aquellos solamente que están escritos en el libro de la vida del Cordero. Y en otra parte dice ⁴: Bienaventurados los que lavan sus vestiduras en la sangre del Cordero, para que se les dé poder sobre el árbol de la vida, y entren por las puertas en la ciudad. Vayan fuera los perros, los hechiceros y deshonestos, los homicidas é idólatras, y todos los que aman y obran la mentira. Pues, ¿qué cosa puede haber, que cause mayor vergüenza y dolor, que verse un hombre desposeido de este reino, y echado como perro fuera de esta ciudad? Si suelen quedar los hombres con tanto arrepentimiento y fatiga, y con un fuego que les abrasa el corazón cuando han perdido por su culpa alguna

¹ I Cor. VI, 9, 10. — ² Ad Gal. V, 19-21. — ³ Apocal. XXI, 27.
— ⁴ Ibid. XXII, 14, 15.

grande honra ó ganancia, ¿qué fuego de dolor abrasará nuestras entrañas, y qué gusano roerá nuestro corazón cuando veamos que por cosas breves y viles hemos perdido bienes inesfables y eternos? Y ¿á qué género de trabajos no se pondrá un hombre por poder en el día postrero entrar libremente, y como en su propia morada, por las puertas abiertas de aquella bienaventurada ciudad? Así que el amor de la gloria y el temor de perderla suele ser más eficaz motivo para arrepentirse de las culpas, que no el temor del castigo y de la pena.

De estos dos motivos de compuncion el bienaventurado san Gregorio dice así ¹: Dos maneras hay de compuncion, porque primero el alma se compunge por temor y despues por amor. Al principio se resuelve en lágrimas, porque cuando se acuerda de sus pecados, teme que ha de padecer por ellos los tormentos eternos; pero cuando despues de haber llorado y padecido congoja y tristeza, se le va disminuyendo el temor, nace en ella cierta confianza y seguridad del perdon, y se enciende el amor y deseo de los gozes celestiales; y la que primero lloraba por el temor del tormento, empieza ya á llorar porque se le dilata la posesion del reino: de las cuales palabras se ve que este santo Doctor tiene este segundo motivo por más perfecto que el primero. Porque aquel primero nace del amor de sí mismo, que teme la pena; y este segundo del amor de los bienes celestiales, que desea la gloria. Mas como quiera que la pena del pecado no solamente sea pena del sentido, sino tambien la que llamamos de daño, que es carecer de la bienaventuranza, y como no haya medio entre estas dos cosas de penar para siempre, ó reinar para siempre; de

¹ Gregor. I, 3, dial., c. 34.

ahí es, que muchos no distinguen entre estos dos motivos, ni entre estas dos maneras de atrición, sino que las comprenden debajo del mismo nombre, conviene á saber, arrepentirse de los pecados por el temor de la pena. Y el santo Concilio Tridentino en el lugar que arriba citamos, solamente tocó dos motivos de este dolor imperfecto, uno que procede del temor de las penas, en el cual se encierran los dos sobredichos, y otro que nace de la fealdad que el pecado tiene en sí mismo, el cual es el tercer motivo que arriba propusimos.

CAPÍTULO XVIII.

DE OTROS DOS MOTIVOS QUE HAY PARA DOLERSE DE LOS PECADOS.

ESTE tercer motivo que arriba dijimos y de que habremos de tratar en este capítulo, es eficazísimo en los ánimos quietos y desapasionados. Porque la fealdad que los pecados tienen de su misma naturaleza, es tal y tanta, que cuando no fueran vedados por la ley de Dios, y cuando por ellos no se perdiera el cielo, ni se mereciera el infierno, por su propia fealdad y bajeza son dignos de todo aborrecimiento. Por lo cual dijo bien Tulio ¹, que cuando se ofrece ocasion de hacer alguna cosa injusta,

¹ Lib. 3 de officiis.

no nos ha de mover á ella la esperanza de poder ocultar y encubrir lo que así se hiciere; porque debemos tener por cosa cierta y asentada, que cuando pudiésemos encubrirnos de todos los hombres y de todos los dioses, no por eso habíamos de hacer cosa que tenga mácula ó nota de injusticia, de torpeza, de avaricia, ó de incontinen-
cencia. Y los que se atreven á lo contrario, no solamente cierran los ojos á las leyes y á las penas que merecen por el quebrantamiento de ellas, sino lo que más es, no ven la pena gravísima que trae consigo la fealdad del pecado. Y habiendo hecho mencion de una fábula, que cuenta Platon del anillo de Xixes que tenia tal propiedad, que por su virtud se hacia invisible cuando queria á los que estaban delante, y con el beneficio y ayuda de este anillo se habia atrevido á cometer muchas maldades, y finalmente se habia hecho rey de Lidia matando con violencia al rey legítimo y natural, concluye diciendo, que la fuerza de este ejemplo, y el fin para que esta fábula se compuso fué solamente para dar á entender que cuando todas nuestras culpas estuvieran ocultas, no por eso perdian nada de su malicia y fealdad; y que dado caso que pudiéramos esconder nuestros pecados de todos los hombres y de todos los dioses, y que ninguno los hubiera de sospechar ni saber, no por ello nos habíamos de arrojar á hacer cosa contra razon y justicia, aunque en ello se interesaran todas las riquezas, y todos los deleites, y todos los imperios del mundo. De esta manera se esforzó este filósofo á declarar y encarecer la fealdad del pecado, aunque no trajera consigo infamia ni castigo.

La raíz de esta fealdad consiste en esto: porque si no hay otra cosa más conforme á la naturaleza del hombre, que obrar segun lo que dicta la razon, y todo pecado es contrario á la razon; síguese claramente, que todo peca-

do es contrario á la naturaleza del hombre, y en cierta manera le derriba de su excelencia y dignidad natural; y le hace semejante á las bestias. Allégase á esto que habiendo criado Dios al hombre libre y señor de sus acciones, para que de su voluntad se sujetase á la razon y á la justicia, y al mandamiento de Dios; él por el contrario se sujeta voluntariamente á la injusticia, y se hace esclavo del pecado. Porque como dijo nuestro Salvador ¹, el que comete el pecado es esclavo del pecado. Declaró esto el apóstol san Pedro ² con la semejanza de lo que sucede en la guerra, en la cual el vencido queda hecho esclavo del que le venció: y por eso el que se deja vencer de sus pasiones, y da consentimiento al pecado, cierto es que por el mismo caso se ve esclavo del pecado con miserable servidumbre. Y muy poco importa para no ser esta miseria muy grande la muchedumbre de las riquezas, y la excelencia y resplandor de las dignidades con que algunos pecadores andan entretenidos y engañados; porque en esto son más bozales que los negros de Guinea, que no reparan en ser vendidos y perder su libertad, si sus amos los visten de colores y les dan otras niñerías con que ellos se entretienen. Porque si es grande miseria ser esclavo de las riquezas y de las dignidades, ¿cuánto mayor lo será hacerse esclavo del pecado por respeto de estas dignidades y riquezas? Bien dijo Séneca ³ que, de los hombres, unos tienen prisiones de oro, y otros de hierro. Pero esto ¿qué importa si todos están aprisionados? Unos arrastran cadena más larga, y otros más corta; pero ¿cuánta puede ser esta diferencia, si todos están en la misma cárcel? Unos traen la cadena en la

¹ Joann. VIII, 34.—² II Petr. II, 19.—³ Seneca, De tranquillitate vitæ, c. 10.

mano derecha, otros en la siniestra: ¿pero por ventura es menor miseria lo uno que lo otro? quiero decir, que unos están oprimidos de la pobreza, y otros de la riqueza: á unos aflige la deshonra, y á otros no menos el servir á la honra: unos sienten carga en el imperio ajeno con que son mandados, otros en el suyo propio con que mandan: unos están desterrados y presos en algun lugar por sus delitos, otros por sus oficios y magistrados. Bien pueden ser los amos diferentes, pero todos los que sirven á sus deseos son esclavos. Pues esta flaqueza con que un hombre de su voluntad se sujeta al vicio contra la razon, y contra la verdad, y contra el dictámen de la conciencia, y contra la inclinacion y gusto del hombre interior, ésta es toda la raíz de la fealdad que tiene el pecado en sí mismo, cuando no hubiera otro mandamiento, ni otro premio, ni otro castigo.

Otros dos motivos hay muy particulares para aborrecer el pecado, nacidos de su deformidad: el primero es la inquietud de la conciencia, el segundo la vergüenza y confusion que trae consigo. Porque la inquietud no nace solamente del temor de la pena, sino del mismo desórden de las acciones, y de la oposicion que se hace á la razon, y violencia que se hace al espíritu; la cual es acerbísima pena cuando no hubiera otra ninguna. Porque así como cualquier parte del cuerpo, por mínima que sea, si está fuera de su lugar ó de su debida disposicion causa dolor, y cualquier humor que sale de su debido temperamento causa enfermedad; así cualquiera accion que sale del compás de la razon, causa naturalmente inquietud en el espíritu. Y dijo muy bien Plutarco ¹ á este propósito, que la mala conciencia es como una llaga

¹ Plutarc. lib. de tranquillit. animi.
CAM. ESP.

en el cuerpo, que su dolor está despedazando siempre, é inquietando el espíritu. Y como quiera que la razon suele mitigar y curar las demás tristezas, ésta sola de su voluntad ella misma la hace incurable por la vergüenza y confusion que le causa, y con ella porfiadamente se está atormentando á sí misma. Y así como los que á la entrada de la calentura están temblando de frio, ó en el crecimiento se abrasan de calor, sienten estos accidentes con mucha mayor molestia y rigor, que los que los padecen por causas extrínsecas del tiempo; así tambien las tristezas que nacen de los infortunios y adversidades, como accidente que viene de causas extrínsecas, tienen menos fuerza para afligir al espíritu, y mucho mayor la mala conciencia, que aflige y abrasa el corazon interiormente. Esto es de Plutarco, y dice bien, que la razon y el espíritu que suelen mitigar y curar todas las penas, esta sola no quieren curarla, sino antes de su voluntad la despiertan y avivan. Porque como la razon es naturalmente señora, de ninguna manera quiere consentir ni quietarse en servir y ser esclava de su carne. Y de aquí nace la pelea tan reñida, que pasa dentro del hombre, cuando el espíritu y la razon pretenden su lugar, y la carne por el contrario hace fuerza y resiste para no perder la posesion antigua que tiene fundada en la mala costumbre, con lo cual el triste corazon del hombre ha de andar forzosamente inquieto y estar atormentado. Pues ¿quién podrá sufrir tan larga guerra, y tan importuna pelea? y ¿en qué dificultades no se pondrá un hombre por no servir á la tiranía de sus deseos? siendo tanto más fácil mortificarlos que fatigarse por cumplirlos, y tanto mayor dicha no tenerlos, que alcanzar el cumplimiento de ellos.

No es menor argumento de la fealdad del pecado, la

vergüenza que trae consigo en el que le comete, testimonio grande de haber derribado al hombre de su natural dignidad; porque así como se avergüenzan los que habiéndose visto en honra y grandeza vienen á caer de su primer estado; así no puede dejar de avergonzarse el hombre que habiéndose visto en tanta honra, se hizo por el pecado semejante á las bestias. Esta confusion experimentó en sí nuestro primer padre luego despues de haber pecado, y tuvo tanta vergüenza de su desnudez, que se valió de las hojas de los árboles para cubrirse; porque tales suelen ser y de tan poca sustancia las defensas y excusaciones con que algunos suelen paliar sus culpas, y con que procuran consolar en alguna manera la vergüenza que reciben de ellas. ¿Qué fruto, dice el Apóstol ¹, tuvisteis en aquellas cosas de que estais ahora corridos y avergonzados? sin duda esta vergüenza con que procuran los hombres esconder sus culpas, es grande indicio de su fealdad, y no pequeño motivo para dolerse de ellas.

El cuarto motivo es el más perfecto, y el dolor que procede de él, es el que llamamos contricion en todo rigor. Y esto es cuando aborrecemos el pecado por sola esta deformidad de ser contra Dios, el cual merece sobre todas las cosas ser servido y amado. Este parece que era el sentimiento del santo rey David cuando decía: *Tibi soli peccavi*. A tí solo pequé. Es verdad, como si dijera, que ofendí á Bersabé por el adulterio, y mucho más gravemente á Urías con el mismo adulterio y con el homicidio, y á mis vasallos con el escándalo y mal ejemplo, y á mí mismo, pues me privé del derecho de

¹ Ad Rom. VI, 21.

la gloria, y me obligué á la pena del infierno; pero todo esto no es de importancia, ni tiene peso en mis ojos, en comparacion de haberte ofendido á tí. Sépanlo ó no lo sepan los hombres, condenen ó excusen mi hecho cada uno como quisiere; esté yo libre de la pena del infierno, y si puede ser, seguro del premio de la gloria, que nada de esto me da por ahora cuidado, y solamente me aflige el haber pecado contra tí. Y con el mismo espíritu parece que dijo el hijo pródigo á su padre ¹: Padre, pecado he contra el cielo y delante de tí, ya no merezco llamarme tu hijo; como si dijera: Bien tengo de qué avergonzarme de la vida que he tenido, y de los ejercicios en que me he ocupado, y del hábito y traje que ahora traigo; pero olvidado de todo esto, lo que me causa mayor vergüenza y me atraviesa el corazon de dolor, es haber ofendido á un tal padre como tú lo has sido para mí. Pues luego cuando el alma con la gracia divina se levanta al conocimiento de Dios, y al reconocimiento de su majestad y bondad, y de lo que merece ser amado y servido, y se mueve á aborrecer el pecado por ser ofensa de este Señor, más que por otra ninguna fealdad que tenga en sí, ó daño que me haga á mí; ésta se llama verdadera contricion, y hasta alcanzar este afecto debe cada uno esforzarse y trabajar en esta primera semana.

¹ Luc. XV, 18.

CAPÍTULO XIX.

DEL ÓRDEN CON QUE EL PENITENTE SUELE SUBIR Á LA PERFECTA CONTRICION, Y DE UN IMPEDIMENTO QUE HAY PARA ELLO.

AUNQUE es verdad que Dios nuestro Señor puede inspirar luego al principio de la conversion un dolor de los pecados tan perfecto y tan subido de quilates, que llegué á ser verdadera y rigurosa contricion; porque fácil es en sus ojos enriquecer súbitamente al pobre ², como lo hizo con la Magdalena y con otros; pero lo ordinario es ir inspirando los motivos del dolor por el mismo orden que los hemos declarado. Porque como en los principios está el hombre tan material y tan inclinado á sí mismo, ninguna cosa siente sino su daño y su provecho; y como hombre animal, y que se gobierná todo por los sentidos, no le mueven tanto los gozos de la gloria, quanto le espantan los tormentos del infierno. Y así como á los caballos desbocados se les pone delante una espada desnuda para detenerlos, y á los que están con modorra les dan tormento de cordeles, ó humo á las narices para despertarlos; así á los pecadores desbocados y arrebatados de sus pasiones, y que están sepultados en un profundo sueño del olvido de Dios y de sí mismos, es menester ponerles á los ojos

² Eccli. XI, 23.